

de la suerte de los proletarios franceses. Se la pinto como mucho más agradable que la de los obreros rusos. Pero el «camarada» no se fía de mis explicaciones. Me hace preguntas precisas.

—¿Cuántas horas trabaja un obrero francés?

Le respondo que ocho.

—El obrero ruso—me dice—sólo trabaja siete horas. ¿Qué vacaciones pagadas recibe el obrero francés?

—Eso depende de las empresas. Algunas dan vacaciones pagadas, y otras no.

El ruso meneaba la cabeza.

—Desde el momento en que eso se deja en manos de los empleadores, es lo mismo que si no tuvieran vacaciones. Nosotros los rusos recibimos un minimum de quince días de vacaciones pagadas. Los obreros de choque reciben hasta un mes algunas veces.

En esa primera parte de la conversación comprendo que no he sacado ventaja. Le pregunto a mi vez:

—¿Están Uds. satisfechos de su alimentación? ¿Comen lo suficiente?

El camarada contesta con gran franqueza:

—Nuestro alimento es insuficiente. Si vamos a los restaurantes cooperativos, es demasiado racionada. Si cocinamos en casa, mi mujer o yo nos vemos obligados a hacer delante de las cooperativas largas colas tan cansadoras, que uno termina por renunciar a hacer su propia comida.

—¿Tiene Ud. un buen alojamiento, y está satisfecho de él?

—Habitamos con nuestros dos hijos en una sola pieza, y no es muy cómoda. Pero tenemos la esperanza de que nos llegue el turno de vivir en una de esas magníficas casas para obreros que se ve construir por todas partes.